

NARRATIVA

Macondo andaluz

EL BUSCADOR DE GUACAS

Luisa González
Edhasa. Barcelona, 2006
154 páginas. 14 euros

LLUÍS SATORRAS

El narrador omnisciente de esta primera novela de Luisa González (Jaén, 1967) es el dueño absoluto del pasado, el presente y el porvenir. Conoce todo pormenor contenido en la mente de los personajes y el significado profundo de cualquier acontecimiento y presenta con su labia primorosa un mundo estático, irreal, mítico y decadente. Si el pueblo retratado era en el pasado un lugar próspero, actualmente vive en plena degradación, con el añadido de una epidemia de fiebre tifoidea que multiplica la actividad del carpintero proporcionando ataúdes. Más que sucesos, escasos y antiguos, el narrador presenta situaciones y el único acontecimiento que puede torcer el rumbo negativo de la narración es que el buscador de guacas (de tesoros) encuentre el saco de dinero que el difunto propietario del negocio más floreciente de la época del esplendor, el cultivo y manipulación de esparto, se supone que ha dejado escondido.

Eso no sucede en un país exótico y lejano sino en Andalucía, en un pueblo llamado El Salado, convertido en un lugar intemporal y en un tiempo que aunque convencionalmente sea el siglo XIX no pertenece realmente a ninguna época. Todo se presenta en un lenguaje procedente del realismo mágico suramericano. Es más, surge como si fuera un calco de García Márquez y ese pueblo andaluz es un nuevo Macondo. Incluso encontramos la descripción de una feria como la que iniciaba *Cien años de soledad* donde el coronel Aureliano Buendía conoció el hielo. La autora nombra continuamente a los personajes con su nombre y apellido, insiste en la existencia de una émula de la compañía bananera, la Compañía de los Caminos de Hierro del Sur de España (nombrada así, siempre, con todas las palabras) que, como aquella, produjo la destrucción del pueblo. Los personajes adquieren caracteres míticos y alguien puede ser definido como "la mujer más hermosa del mundo" o dos niñas, una de ellas con cola de sirena, pensar que a una mujer "ángeles invisibles la llevaban en volandas". También en la resolución de la historia el amor y el sexo cobran caracteres míticos y se resuelven con frases tajantes y excesivos tópicos.

Este ejercicio literario tiene valor por sus pasajes brillantes, por algunas imágenes sugerentes y por el evidente dominio de la lengua que demuestra poseer Luisa González, pero no consigue hacernos olvidar la excesiva dependencia de su modelo por más cosas admirables que éste pueda tener. Por ello, la autora queda emplazada desde ahora mismo a ofrecer obras más personales.

La Guatemala oscura

Un crimen cometido dentro del reducido círculo de la aristocracia guatemalteca es el punto de partida de la nueva novela de Rodrigo Rey Rosa. Siguiendo los códigos de la literatura policiaca, el escritor centroamericano reflexiona sobre la ambición y la violencia.

CABALLERIZA

Rodrigo Rey Rosa
Seix Barral. Barcelona, 2006
141 páginas. 17 euros

EDGARDO DOBRY

Rodrigo Rey Rosa se representa a sí mismo en la novela ("es el hijo de Mario Rey Rosa, el textilero", dicen de él) como un autor en busca de tema. En el primer párrafo, alguien se le acerca: "Debería usted escribir algo acerca de esto". Ese "esto" es un oscuro crimen cometido en el seno de la poderosa aristocracia de Guatemala, con sus pura sangre de medio millón de dólares, con sus delirios de grandeza. El narrador Rey Rosa junta en sí al escritor ocioso y al investigador privado: sigue el borroso hilo del delito porque resolver el caso equivale a construir la novela. En *Caballeriza* hay una clara estela del policial negro americano, el de Ross McDonald y el James Hardley Chase, con sus amasijos de sexo, dinero y ambición, con la familia como sede de los odios y de los amores.

Desde sus primeros cuentos y novelas, Rey Rosa se opuso a la cornucopia que parecía consustancial al escritor americano. Sus libros son breves y de estilo tan contenido que en ocasiones parecen ni tenerle al lugar común: en esta novela, por ejemplo, no faltan mujeres de "talle escultural". El cambio de estética comporta una distinta mitología: en lugar de aquella fatalidad que parece mover las narraciones de Arguedas, Carpentier o García Márquez, en las de Rey Rosa la raíz del mal no es distinta en la Guatemala del siglo XXI que en la corte medieval de Hamlet: el nombre del adolescente que está en el cen-



Rodrigo Rey Rosa (Guatemala, 1958).

tro de esta historia, Claudio, es una clave inequívoca; igual que la escena central del libro, en la que toda la familia es sometida a juicio sumarísimo por ese ángel trágico. Quizá Rey Rosa hace con su propio país lo que su maestro Paul Bowles con Marruecos: verlo desde una distancia breve pero infranqueable, donde la máxima economía de estilo acrecienta la fuerza de las ambigüedades. Desde que volvió a vivir en Guatemala, después de muchos años entre Nueva York y Marruecos, las novelas de Rey Rosa (*Piedras encantadas*, 2001; *Noche de piedras*, 2002) están hechas al mismo tiempo sobre la extrañeza súbita de pertenecer a ese origen ("yo diría que nunca se ha metido de lleno en nuestra realidad", le dice aquí un compatriota que ha leído "todos sus libros") y sobre los fantasmas de una tierra habitada por "gente muerta". La propia sequedad de la sintaxis transmite algo de esa resistencia a la fascina-

ción y a la explicación mágica o consoladora de la catástrofe. Como un detective que resuelve un caso en el que la auténtica verdad "nunca se sabrá".

Sequedad y renuncia al exotismo son, también, un modo de romper las oposiciones tradicionales: ya no existen mundos civilizados y salvajes, modernidad metropolitana contra mitología rural: todo se mezcla, todo se superpone y aplasta, la doña Bárbara de Rómulo Gallegos se funde con la corte del príncipe europeo. En ese aplanamiento de las categorías, también la novela de género tiene ambiciones de alta literatura (no siempre solventadas). Acaso en *Caballeriza* la escena más interesante es la que casi no se ve, las sombras que se agitan en el fondo, la de los guardaespaldas siempre presentes, las armas de fuego sobre las bandejas del whisky, los criados casi sin rostro y que sin embargo llevan en sí mismos el deseo y la condena.

Paisajes de infancia

Miguel Cané relató en *Juvenilia* sus días de estudiante en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Un clásico en el que varias generaciones de argentinos se iniciaron en la lectura.

JUVENILIA

Miguel Cané
Periférica. Cáceres, 2006
160 páginas. 11 euros

JAVIER GOÑI

Primero una mínima anécdota, que cuadra con el espíritu de este librito: me veo una tarde de domingo castigado en uno de aquellos *estudios* de los jesuitas sin más aliciente que un *austral*, el *Doctor Jekyll*, de Stevenson, y al final, como un viaje a las estrellas el índice de autores de la colección, que yo recorría con gusto, descubriendo nombres, haciéndome promesas de lectura. Allí estaba Miguel Cané (1851-1905), número 255, *Juvenilia* y otras páginas argentinas. Y si rescato aquellas tardes es porque, casi cien años después, este lector puede recordar cosas, sea externo de los jesuitas o interno en el célebre Colegio Nacional de Buenos Aires, a mediados del XIX, como Cané, que nos trasladan al mis-

mo paisaje, al de la infancia. *Juvenilia* es un delicioso libro sobre los disfrutes y los sinsabores de esa edad incierta, antesala de la "savia hirviente de la juventud", de los "entusiasmos de mi espíritu", de cuando "abriendo valerosamente las alas, me dejaba caer del nido, en medio de las tormentas de la vida". *Juvenilia*, que ha debido ser libro de texto, de iniciación a la lectura, en Argentina desde hace un siglo, conserva todavía un ímpetu juvenil, una exaltación de ese momento mágico en el que el niño cambia de acerca para ser joven, para llegar a ser adulto. Y este tono exaltante, combativo, sugestivo es lo que le da un encanto especial, que lo hace perfectamente legible; de ahí el acierto del rescate de esta pequeña editorial periférica. El librito de Cané, escrito cuando éste es ya un prócer de la patria, político, periodista, escritor (véase, como placer colateral, las páginas que dedica Esther Vázquez en su biografía de Borges a la atormentada estancia de éste en la Biblioteca Mi-



El escritor argentino Miguel Cané.

guel Cané de Buenos Aires), describe con convicción su fe en la ciencia y en el progreso humano; lo decisivo que son en la formación del espíritu los estudios preparatorios, el magisterio de los maestros (a pesar de todos los pesares, y anécdotas estupendas las hay a sacos en *Juvenilia*) y, desde luego, el descubrimiento deslumbrador de la lectura. El librito de Cané, publicado en 1884, está lleno de alegrías y tristezas, de divertidas travesuras (tiene gracia lo de la comunión: "paso, padre", ien 1884!) y de terribles castigos. Está escrito con esa prosa retórica argentina y, sin embargo, sigue siendo delicioso.

Un delirio a dos voces

EL HIJO DE GUTENBERG

Borja Delclaux
Lengua de Trapo
Madrid, 2006
221 páginas. 17,50 euros

J. ERNESTO AYALA-DIP

Había relatos, aforismos, frases que apelaban al enigma, sentencias que convertían en turismo todo viaje que no aspirara a ninguna parte, en *Picardías y otros testos* (Lengua de Trapo), primer libro que publicó el escritor bilbaíno recientemente fallecido Borja Delclaux (1958-2006). Casi simultáneamente a su muerte, aparecía su primera novela *El hijo de Gutenberg*. Aquel libro era una especie de homenaje a ese género sin nombre que utiliza la dispersión como forma de organización narrativa. Sabemos que Delclaux invocaba los nombres de Robert Walser, Montenegro, Vila-Matas, entre otros, para garantizar la seriedad y la coherencia de su propuesta estética. No fuera, después de la lectura de su primer libro, que alguien creyera que el autor improvisaba. Era evidente que Delclaux seguía una tradición, que la conocía y que la respetaba profundamente. Con *El hijo de Gutenberg*, el autor defiende la vigencia de una manera de hacer novela, de la misma manera que Ramón Gómez de la Serna defendía en su día una equivalente filosofía cuando publicó *El novelista*, en 1925.

El hijo de Gutenberg es una novela. Y es también un homenaje al movimiento Dadá. Como novela, Delclaux le asegura su unidad de acción a través de dos personajes muy singulares: como personajes novelísticos y como entes humanos reales. Antón Vargas es administrador de fincas. Y Bruno es contable en una empresa. Sus relaciones profesionales apenas les sirven para conocerse un poco más. Y, sin embargo, un día uno de los dos descubre en el otro un rasgo distinto. Los hermanos una especie de naturaleza poética, un desafío a la manera convencional de convivir con la realidad. Uno de ellos descubre un día que sus zapatillas generan vida. Y otro día se descubren mutuamente vistiendo calcetines desparejados. De pronto, son miembros de una comunidad distinta. Líricamente incómodos con el desprecio a la sorpresa y a los destellos de milagros cotidianos. Es una auténtica pena que Borja Delclaux nos haya dejado. *El hijo de Gutenberg* es el tipo de novela que los críticos agradecen porque reverdecen instancias literarias que parecían olvidadas. Aparecen de vez en cuando. Ahora no podrá saber si acierto al afirmar que Vargas y Bruno parecen inspirados en "Bouvard y Pecuchet" la última e inacabada novela de Flaubert (una de las novelas de cabecera de Benjamin, ideólogo absoluto del fragmento y la dispersión reflexiva). Delclaux se despidió del mundo con una novela llena de momentos hermosos. Dos seres corrientes, Vargas y Bruno, que de pronto devienen dueños absolutos de un espíritu diferente y la sublime sin razón.